

XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche, 2009.

Fanon, Guevara y Debray en la violencia de la izquierda revolucionaria.

Ponza Pablo.

Cita:

Ponza Pablo (2009). *Fanon, Guevara y Debray en la violencia de la izquierda revolucionaria. XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-008/166>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Fanon, Guevara y Debray en la violencia de la izquierda revolucionaria

Pablo Ponza.

INDICE

Introducción

1. *Los Condenados de la Tierra*, de Franz Fanon: Imperialismo vs. Nación
2. *La Guerra de Guerrillas*: moral, ejemplo y voluntad para el Che Guevara
3. *¿Revolución en la Revolución?*, Regis Debray: un *motor pequeño* capaz de poner en funcionamiento el *gran motor* que son las masas
4. La reacción antiintelectual
5. Breve Comentario Final
6. Bibliografía
7. Prensa periódica de la época (citada)

ARTÍCULO

Introducción

Hubo tres libros que tuvieron una temprana y decisiva influencia en la conceptualización de la violencia revolucionaria que desarrollaron los intelectuales de la incipiente *Nueva Izquierda* argentina durante la década de 1960 y primera mitad de 1970. Esos libros son *Los Condenados de la Tierra* (1961) de Franz Fanon; *La Guerra de Guerrillas* (1960) de Ernesto Guevara; y *¿Revolución en la Revolución?* (1962) de Regis Debray. La importancia de estos textos estuvo dada, fundamentalmente, por la línea interpretativo-conceptual que plantearon de la lucha armada como principal método de acción, por parte de las organizaciones revolucionarias, en los entonces llamados procesos de *liberación nacional* en países del Tercer Mundo.

Si bien los textos de Fanon, Guevara y Debray abordaron la cuestión de la violencia revolucionaria desde orígenes y referencias diferentes, los autores coincidieron en tres puntos esenciales: 1º) en primer lugar, se revelaron ante el sufrimiento de los hombres, no toleraron las desigualdades, la pobreza, la miseria, el hambre y el abuso de los poderosos. 2º) En segundo lugar, vieron un proceso de continuidad en los alzamientos armados por la independencia que vivían, en especial, las colonias que poseían británicos, franceses, belgas y holandeses en África y Asia. 3º) Y en tercer lugar -tanto Fanon como Guevara y Debray-, no sólo realizaron una novedosa racionalización de la violencia en tanto método efectivo (y legítimo) de acción

para la consecución de objetivos políticos, sino también como un proceso que incorporaba como dato novedoso la liberación catártica de la conciencia, la moral y la subjetividad sometida del hombre.

Pero antes de meternos de lleno en el corpus del artículo, vale la pena recordar brevemente cuáles eran las características del contexto en el que se interpretaban las ideas de los autores mencionados. En aquellos años, entre 1959 y 1973, el campo cultural argentino recibió el influjo de una nueva elite cultivada. Es decir, una nueva generación de jóvenes intelectuales se incorporó a los circuitos académico-culturales de las principales urbes y universidades del país, fundamentalmente en Buenos Aires, Córdoba, Rosario y La Plata. Y lo hicieron con un enorme interés en las problemáticas sociales y políticas de la época. Por ejemplo, los jóvenes que pronto se convertirán en integrantes de lo que dio a llamarse la *Nueva Izquierda intelectual*, observaron con preocupación y asombro la marginación del peronismo (principal partido político), y cómo esa marginación condujo a organizar la *Resistencia* y las primeras acciones armadas de sabotaje perpetradas por los sectores duros del partido, es decir, por aquellos sectores que no aceptaban ni la prepotencia de la llamada *Revolución Libertadora* ni el retroceso en las reivindicaciones sociales conseguidas durante la gestión de Perón.

Asimismo, estos jóvenes que se incorporaban a la vida académico-intelectual y política proscriptiva, se alarmaron también con el inocultable subdesarrollo, con los datos que señalaban la profunda dependencia y el rezago económico del país respecto a Estados Unidos y Europa. También vivieron con premura la guerra Fría y la división geopolítica del mundo en dos bloques hegemónicos. Asumieron con ilusión el inesperado éxito de la Revolución Cubana (1959), las discusiones llevadas a cabo durante del Concilio Vaticano II (1962-1965), de la Revolución cultural china, las novedosas lecturas humanistas del marxismo luego de la ruptura del centralismo soviético tras el XX congreso del PCUS (1956), el prometedor nacimiento de las modernas Ciencias Sociales, etcétera.

En resumen, aquella nueva generación de intelectuales/militantes de izquierda despertaron a la vida política pública inmersos en un tiempo pleno de inminencias tecnológicas, en un contexto eminentemente inclinado hacia concepciones transformadoras tanto en lo relativo a valores culturales como a prácticas políticas. Y lo hicieron, precisa y principalmente, a partir de su condición de jóvenes y el anhelo, el deseo y el horizonte utópico de cambiar las estructuras de una sociedad a la que consideraban profundamente injusta y autoritaria.

A juicio de Carlos Altamirano, hay mucho de inconformismo y heterodoxia en el polo emergente de la nueva izquierda argentina asociada a esta promoción generacional, que, en rigor, es más de una. En cualquier caso, dicho inconformismo y heterodoxia no dejarán de exponer y aún de dramatizar un espíritu de escisión respecto de la dirección intelectual y política de los mayores¹.

1. *Los Condenados de la Tierra*, de Franz Fanon: Imperialismo vs. Nación

Los Condenados de la Tierra de Fanon, introdujo en la jerga militante de la época algunos conceptos como los de centro, periferia y neocolonialismo. Aunque tal vez su aporte teórico más significativo fue aplicar un desplazamiento conceptual de la clásica tesis marxista del *Manifiesto Comunista*. A saber: para el marxismo clásico la contradicción principal del sistema capitalista estaba dada en términos de clases, es decir, por un ordenamiento social que se definían (en esta etapa del desarrollo capitalista) a partir de la puja antagónica entre Burguesía y Proletariado. Puja que, supuestamente, estaba destinada a resolverse –más tarde o más temprano- a favor de los segundos.

En cambio Fanon sostenía que, en el caso de los países sometidos y dependientes del Tercer Mundo, si bien existían conflictos palpables entre la burguesía y el proletariado local, en ellos no se contenía la contradicción principal. El antagonismo irreductible del sistema debía concebirse más bien entre *naciones opresoras y naciones oprimidas*. Esto es, entre metrópolis y colonias. A juicio de Fanon el enfrentamiento de intereses entre burguesía y proletariado colonial era un enfrentamiento ficticio o creado por el oportunismo y la conveniencia coyuntural gestionada por intermediarios metropolitanos, únicos beneficiarios de una relación desigual e injusta. No había entonces otros motivos para oponer burguesía con proletariado local, y por eso, en última instancia, las categorías que debían oponerse eran *Imperialismo* opresor versus *Nación* oprimida.

Este giro conceptual introdujo dos variables novedosas en la lectura de los conflictos políticos de la época. Por una parte, incorporó la cuestión nacional como variable central en el análisis de los conflictos políticos. Una variable que marcó la ruptura teórica más destacada entre la izquierda clásica (encabezada por el Partido

¹ ALTAMIRANO, Carlos (2001). *Peronismo y cultura de izquierda*. Temas, Buenos Aires, p.57. Altamirano aclara que el concepto de generación tiene fronteras inciertas, considera asimismo que si bien se trata de una categoría de análisis aproximativa, es un instrumento útil para aclarar estratificaciones de la sensibilidad, divergencias de posiciones y disputas en el espacio de la *intelligentsia*.

Comunista y su lectura oficial del marxismo) y la emergente *Nueva Izquierda*. Y por otra, colocó los conflictos de clase en un segundo plano. Incorporar la cuestión nacional supuso la posibilidad de que los intereses de la burguesía nacional eran compatibles o complementarios con los del proletariado y el campesinado local, abriendo la opción de que las elites dirigentes nacionales conformen un bloque común con su propio pueblo estableciendo un nuevo orden (más justo y equitativo). Para Fanon ese objetivo podía conseguirse. Pero para ello primero era necesario derrotar a los ejércitos de ocupación franceses que controlaban Argelia. Es decir, había que derrotar los ejércitos de ocupación de las metrópolis y dismantelar las redes de los socios internos que las metrópolis alimentaban en los países dependientes.

Pero lo que quisiéramos destacar aquí, es que Fanon no sólo colocó la cuestión nacional en el centro del debate sino que adjudicó la resolución del conflicto a la violencia popular, a la violencia en manos de un pueblo que debía tomar conciencia de su condición de oprimido. Conseguir la libertad, lograr la independencia -terminar con la dominación- era para Fanon una responsabilidad del pueblo. Una responsabilidad y una tarea de la que nadie podía relevarlo.

Fanon complementó su análisis con dimensiones que combinaron aspectos históricos, políticos e incluso morales y psicológicos. Dimensiones que se combinaron en una argumentación que racionalizó y reivindicó explícitamente el uso de la violencia como método fundamental de resolución de las contradicciones. Desde su perspectiva la intensidad represiva evidenciaba que la violencia del explotador no entendía más razones que las de una lógica de dominación, y que sólo podría ser detenida por una fuerza mayor. Por una fuerza popular con fines liberadores y, por lo tanto -a su juicio- justos.

Desde esta perspectiva la realidad podía dividirse, esquemáticamente, en dos planos: por una parte la opresión, y por otra la conciencia de dicha opresión². La hipótesis del autor se fundó en que el desarrollo de la conciencia revolucionaria de los hombres era proporcional a la opresión que recibía. Es decir, a mayor opresión mayor conciencia de la opresión. Recordemos, por ejemplo, que algunas organizaciones políticas argentinas tradujeron esta idea como el *cuanto peor, mejor*. Y con ello querían significar: cuanto más descarnada, explícita y directa fuera la acción represiva de los sectores dominantes, mucho más (suponían ellos) se desarrollaría la conciencia de la

² La idea diferenciada entre opresión y conciencia de la opresión es un postulado que Fanon toma de Marx, aunque -como dijimos- él introduce variables propias en ese esquema de pensamiento.

opresión. Una conciencia, asimismo, que desataría la violencia del oprimido y con ella la posibilidad de encausarla hacia una hecatombe final de carácter revolucionario.

Así pues, siguiendo esta idea, una manera de acelerar el desarrollo de la conciencia de la población oprimida era provocar un estado de desestabilización tal que obligara a las fuerzas represivas a intensificar su accionar, desnudando así su verdadera naturaleza, su verdadera razón de ser y su único fin: mantener la dominación, la explotación y contener reprimido el *ser* nacional. Dicho estado de desestabilización tendría entonces que ser provocado, forzado subjetivamente por un grupo de avanzada. Por una vanguardia.

Los Condenados de la Tierra no fue un libro marginal. De hecho Sartre, figura protagónica de la intelectualidad occidental de aquellos años escribió un apasionado prólogo donde afirmaba con contundencia que:

“Es el fin, como verán ustedes: Europa hace agua por todas partes. ¿Qué ha sucedido? Simplemente, que éramos los sujetos de la historia y que ahora somos sus objetos. La relación de fuerzas se ha invertido, la descolonización está en camino; lo único que pueden intentar nuestros mercenarios es retrasar su realización. (...) Matar a un europeo es matar a dos pájaros de un tiro, suprimir a la vez a un opresor y a un oprimido: quedan un hombre muerto y un hombre libre”³.

La prosa de Fanon es muy potente a la hora de analizar los procesos de descolonización. Simplemente por citar algunas de sus palabras:

“Liberación Nacional, renacimiento nacional, restitución de la nación al pueblo, cualesquiera que sean las rúbricas utilizadas o las nuevas fórmulas introducidas, la descolonización es siempre un fenómeno violento”⁴.

En Argentina el texto desató la discusión y la polémica puesto que muchas de las condiciones descritas y las propuestas vertidas por Fanon parecían ser homologas a la situación de nuestro país. No obstante, había también importantes elementos del texto que no lo eran. De cualquier modo y como fuera, la violencia se convirtió en uno de los

³ Jean Paul Sartre, “Prólogo”, en FANON, Franz (1961). *Los condenados de la Tierra*. Txalaparta, París. p.23 y p.47. Y agrega: “el superviviente por primera vez siente un suelo nacional bajo las plantas de sus pies”.

⁴ FANON, Franz (1961). *Los condenados de la Tierra*. Txalaparta, París, 1961. p.30.

principales temas de discusión en los núcleos intelectuales de entonces. Eso podemos comprobarlo en más de medio centenar de revistas político culturales de la época, por ejemplo: *Antropología del Tercer Mundo*, *Capricornio*, *Centro de Investigación y Acción Social*, *Centro*, *Comunicación y Cultura*, *Contorno*, *Controversia*, *Cristianismo y Revolución*, *Cuestiones de Filosofía*, *Cuadernos de Polémica*, *Cuadernos de Crítica*, *Cuadernos de Cultura*, *Debate*, *Democracia Popular*, *Diógenes*, *Discusión*, *Chau*, *Che*, *Envido*, *El Descamisado*, *El Escarabajo de Oro*, *El Grillo de Papel*, *Estrategia*, *Esto Es*, *El Obrero*, *El Popular*, *Espartaco*, *Fichas de Investigación Económica y Social*, *Gaceta Literaria*, *Hoy en la Cultura*, *Izquierda Nacional*, *Kairós*, *La Rosa Blindada*, *Liberación*, *Literatura y Sociedad*, *Los Libros*, *Marcha*, *Mar Dulce*, *No Transar*, *Nuevos Aires*, *Nueva Conciencia*, *Nueva Expresión*, *Nueva Política*, *Nueva Presencia*, *Pasado y Presente*, *Plática*, *Propósitos*, *Pueblo Unido*, *Qué Hacer*, *Revista de la Liberación*, *Revista de Problemas del Tercer Mundo*, *Situación*, *Soluciones*, *Socialismo de Vanguardia*, *Táctica*, *Trinchera de la Juventud Peronista*, *Vanguardia Revolucionaria*, *Voz Popular*, *Ya*, entre otras; que reflexionaron asiduamente y desde diferentes ángulos la cuestión de la violencia revolucionaria y la conformación de una vanguardia armada⁵.

Como lo han expresado ya otros investigadores⁶, la politización y el interés de buena parte de la intelectualidad de izquierda por este tema comienza a desarrollarse especialmente a partir de la proscripción del peronismo y el triunfo de la Revolución

⁵ Algunos de los intelectuales que llevaban adelante estas publicaciones eran Javier Heraud, Haroldo Conti, Francisco Urondo, Jorge Massetti, Rodolfo Walsh, Rodolfo Ortega Peña, Jorge Abelardo Ramos, Juan José Hernández Arregui, José María Rosa, Juan José Real, Blas Alberti, Jorge Eneas Spilimbergo, Juan Gelman, Miguel Bonasso, Nicolás Casullo, Horacio González, Juan García Elorrio, Jorge Bernetti, Miguel Mascialino, Luís Acuña, Miguel Grimberg, Casiana Ahumada, Agustín Acuña, Gerardo Duejo, Sofía Galíndez, Luís García Guevara, Ernesto Herrera, Pedro Kotsch, Olga Hernández, Eduardo Lamarca, José Eliashév, José Pablo Feinmann, Andrés Rivera, Oscar del Barco, Aníbal Arcondo, José Aricó, Héctor Schmucler, Samuel Kieczkovsky, Juan Carlos Portantiero, Juan Carlos Torre, César Guiñazú, Carlos Assadourian, Horacio Crespo, Francisco Delich, Luís Prieto, Carlos Giordano, David e Ismael Viñas, León Rozitchner, Juan José Sebreli, Carlos Correas, Adelaida Gilly, Oscar Masotta, Noé Jitrik, Rodolfo Kush, Ramón Alcalde, Susana Fiorito, Eliseo Verón, Tulio Halperin Donghi, Franco Moggi, Pablo Giusani, Susana Lugones, Carlos Barbé, Julia Constenla, Oscar Goutman, Víctor Torres, Silvio Frondizi, Milcíades Peña, Ernesto Laclau, Carlos Astrada, Héctor Raurich, Liborio Justo, Angélica Mendoza, José Boglich, Esteban Rey, Abel Alexis Lattendorf, D. Hurtado de Mendoza, Nahuel Moreno, Rodolfo Ghioldi, entre otros.

⁶ Hay varias investigaciones que dan fe del proceso de politización que sufren los núcleos intelectuales, por ejemplo, podemos referirnos a los trabajos de PONZA, Pablo (2007). *Los Intelectuales Críticos y la Transformación Social en Argentina (1955-1973)*. Servei d'Informació i Publicacions, Universidad de Barcelona. Barcelona. BASCHETTI, Roberto (2004). *Documentos 1970-1973*, Volumen 1. Buenos Aires: Editorial De la Campana. GILMAN, Claudia (2003). *Entre la pluma y el fusil*, Siglo XXI, Buenos Aires. SIGAL, Silvia (2002). *Intelectuales y poder en la Argentina. La década del Sesenta*. Buenos Aires: Siglo XXI. ALTAMIRANO, Carlos (2001). *Peronismo y cultura de izquierda*, Temas, Buenos Aires. FEINMANN, José Pablo (1999). *La Sangre Derramada*. Buenos Aires: Ariel. TERÁN, Oscar (1993). *Nuestros Años Sesenta*. Buenos Aires: El Cielo por Asalto. Entre los más destacados.

Cubana (por sintetizar en dos hechos representativos un amplio abanico de sucesos nacionales, continentales e internacionales que colocaron la violencia como uno de los repertorios válidos de acción política). La atención que generó en el colectivo intelectual de izquierda y el espacio que ocupó la violencia revolucionaria en sus publicaciones es notable. Artículos, entrevistas, discusiones, polémicas, relatos de experiencias en otros países y un largo etcétera pueblan las páginas de las revistas arriba mencionadas. Simplemente por hacer gráfica dicha preocupación, a continuación cito un artículo de Horacio González que, en 1964, en un documento para la discusión de la revista *Nueva Conciencia* decía:

“el problema de la violencia se transforma en un problema político de primera magnitud. En efecto, como Fanon lo señala, la violencia pasa a ocupar un lugar de importancia capital en el plano de la táctica política y de la historia”⁷.

El libro de Fanon provocaba una serie de interrogantes concretos e inquietantes: ¿cuándo puede decirse que la situación está madura para desarrollar un movimiento de liberación nacional?, ¿quién es el sujeto revolucionario? y ¿cuál debe ser su vanguardia?. Sin duda, las ideas de Fanon tuvieron múltiples accesos, traducciones e interpretaciones en Argentina. Entonces los libros, las canciones y las películas se mezclaban en un clima de ideas donde las voces de Fanon y Sartre arengando la revolución argelina se confundía con la de Cooke alimentando el ala revolucionaria del peronismo, los discursos del Che hablando de Socialismo y Hombre Nuevo, con las palabras de un Perón proscrito dirigiéndose a la clase obrera o al pueblo peronista⁸.

⁷ Horacio González, “Bibliográficas, Documentos del Tercer Mundo”, *Nueva Conciencia*, Año 1, N°1, Buenos Aires (junio-julio), 1964, p. 34.

⁸ Simplemente por caracterizar el clima cultural de la época, recordemos que en estos mismos años Gillo Pontecorvo dirigió “La batalla de Argel”, una película que mostraba el desarrollo del conflicto argelino y la acción represiva del ejército francés. Entre otras barbaridades se mostraban allí los métodos de tortura aplicados contra los milicianos civiles. Esta película desarrolló claramente la perspectiva de Fanon. Fue un film muy visto en la Argentina. Otra de las películas icono de la época que planteó una óptica semejante fue “La hora de los Hornos” de Fernando Pino Solanas y Octavio Gettino, título que hacía referencia a las palabras del Che Guevara en el *Mensaje a los pueblos del mundo* emitido por la Tricontinental en abril de 1967, poco antes de ser asesinado en la selva boliviana. “La hora de los hornos” –decía el Che Guevara- “la hora donde no ha de verse más que luz”. Si bien no es tarea de este trabajo, con el género musical ocurre algo muy similar, artistas como Armando Tejada Gómez, Oscar Matus, Mercedes Sosa, Tito Francia, Ramón Ayala, Víctor Heredia, César Isella, Los Trovadores, Quinteto Tiempo, Horacio Guarany e incluso -ya antes- Atahualpa Yupanqui, entre otros músicos argentinos (sin contar a muchos otros cantautores latinoamericanos), dieron forma a lo que se conoció como la *Nueva Canción* o *Canción con Fundamento*, caracterizada por distintas formas de música y letras de protesta. Estos artistas atravesaron, como ocurriera con la literatura, el teatro, la plástica y otras expresiones

Por otra parte, es justo mencionar que el esquema teórico de Fanon describiendo el enfrentamiento entre naciones colonizadas y colonizadoras sufrió un desplazamiento no siempre destacado por quienes en Argentina analizaban el texto y lo utilizaban como modelo para sus propias argumentaciones. En este sentido, recordemos un detalle importante: para Fanon el enemigo a vencer eran las fuerzas de ocupación francesas, pero aquí el enemigo identificado por organizaciones político-militares como ERP o Montoneros no era un ejército de ocupación, era un ejército nacional con funciones específicas bien diferentes a las de los países colonizadores. La función principal del ejército argentino, y el de todos los países latinoamericanos, no era el avance ofensivo o la defensa contra un enemigo exterior sino que su tarea estaba enfocada, sobre todo, al control de los grupos o las fuerzas populares insubordinadas al orden de los sectores dominantes del país. Esto es: la represión de las fuerzas críticas del orden establecido en el interior de las propias fronteras nacionales. De allí la incorporación de las doctrinas de *Seguridad Nacional* y *Fronteras Ideológicas* como parámetro simbólico/ideológico del accionar militar en toda Latinoamérica. Doctrinas, claro, de las que se sirvieron desde Juan Carlos Onganía (1966) en adelante para perseguir todo pensamiento o comportamiento disidente, y con las que Videla, a partir de 1976, justificó el secuestro, la tortura y la desaparición sistemática de 30.000 personas y el exilio interior y exterior de más de 2.000.000.

En mi opinión, lo que no vieron o previnieron organizaciones político/militares como ERP o Montoneros –organizaciones que utilizaron un esquema conceptual como el descrito-, fue que las Fuerzas Armadas Argentinas estaban más bien preparadas para exterminar, no a un enemigo armado y clandestino, sino justa y especialmente al movimiento social de base que confiaba en la resolución política de sus controversias. Un movimiento social que permaneció siempre en la superficie, en las unidades barriales, en las fábricas o las universidades, y que, sin utilizar más armas ni resguardos que sus cuerpos, ideas y palabras, reclamaban por un cambio en la práctica dictatorial y proscriptivas de los sectores dominantes.

Cabe señalar que León Rozitchner ha trabajado en detalle la idea de que las Fuerzas Armadas de los países dependientes (como Argentina) son Fuerzas vencidas de antemano, puesto que han sido creadas sin ninguna capacidad de avanzar sobre territorios ajenos, ni posibilidades reales de defenderse de los ejércitos imperiales. Es

culturales, una parábola de politización similar a la que se ha descrito en el texto y fueron más tarde víctimas de la misma violencia represiva.

por esto, asegura Rozitchner, que las Fuerzas Armadas de los países dependientes ocultan tras la idea de defensa de un improbable ataque exterior su verdadera finalidad institucional, que es la de utilizar las armas contra su propia población civil en caso de crisis. Así, a diferencia de las fuerzas armadas francesas que ocupaban Argelia, las argentinas tenían como objetivo último mantener el orden establecido y dominar a sus propios e indefensos conciudadanos en la cadena internacional de explotación.

Desde 1973, y especialmente a partir de 1975, cuando la gobernabilidad se volvió inestable y sobrevino la crisis política se declaró la guerra interior. A partir de allí se puso en ejecución todo el mecanismo preparado, y tanto el poder político conservador como el militar se alinearon para trabajar estrechamente unidos “para conseguir mediante el aniquilamiento del enemigo la imposición de su voluntad”⁹.

2. La Guerra de Guerrillas: moral, ejemplo y voluntad para el Che Guevara

Otro de los libros que sustentó las concepciones de violencia revolucionaria y lucha armada en los intelectuales argentinos de los *sesenta-setenta* fue *La Guerra de Guerrillas* (1960) de Ernesto Guevara. Este libro fue escrito poco tiempo después de que Guevara participara en la inesperada gesta revolucionaria cubana. Dicho texto, que circuló rápidamente por los diversos núcleos letrados de la época, recoge en primera persona lo que el *Che* consideró las tres conclusiones o aportaciones fundamentales que hizo la Revolución Cubana a la mecánica de los movimientos revolucionarios en América. Ellas son: 1º) Las fuerzas populares pueden ganar una guerra contra el ejército. 2º) No siempre hay que esperar a que se den todas las condiciones para la revolución; el foco insurreccional puede crearlas. Y 3º) en la América subdesarrollada el terreno de la lucha armada debe ser fundamentalmente el campo.

Quien lea el libro se encontrará con un relato detallado de las tácticas y estrategias que llevaron a los guerrilleros cubanos a vencer a las Fuerzas Armadas del dictador Fulgencio Batista. Hay que destacar que el autor deja bien establecido desde las primeras páginas que Cuba no es un hecho excepcional, y por lo tanto es potencialmente repetible, aún por encima de las particularidades del tránsito histórico de los demás países de América. Incluso es repetible –aclara el autor- sumando el hecho de que el capitalismo tomaría los recaudos represivos de la lección cubana. Eso sí, para Guevara

⁹ Ver ROZITCHNER, León (2000). *Perón: entre la sangre y el tiempo*. Tomo II, Catálogos, Buenos Aires, p.57. En este sentido sirve de ejemplo el bautismo de fuego de la Fuerza Aérea Argentina, que *debutó* lanzando nueve toneladas de bombas contra una manifestación en la Plaza de Mayo y la Casa de Rosada en junio de 1955.

todo lo anterior sería válido una vez agotados todos los canales, medios y opciones pacíficas y democráticas.

Para el Che, el éxito de la Revolución Cubana ponía de relieve que no vence el que dispone de más hombres o más armas sino quien dispone de la mayor capacidad de movilización colectiva y afectiva de la subjetividad de los combatientes. No obstante, *La guerra de guerrillas* advierte que el foquismo no tiene de por sí oportunidad de lograr el triunfo, pues se trata de una fase primaria de la guerra que se irá desarrollando hasta que el ejército guerrillero adquiriera las características de un ejército regular, momento en el cual estaría listo para acreditarse la victoria. El autor se repite en este punto:

“El triunfo será siempre el de un Ejército Regular, aunque sus orígenes sean el de un Ejército Guerrillero”¹⁰.

Si bien *La guerra de guerrillas* es un texto con los fines prácticos de un manual destinado a ofrecer consejos y señalar las problemáticas de la acción en el campo de batalla, ofrece también una caracterización detallada del espíritu del combatiente. Para Guevara el guerrillero era el combatiente de la libertad por excelencia, según sus propias palabras el guerrillero es “el elegido del pueblo, la vanguardia combativa del mismo en su lucha por la liberación”¹¹. Guevara concebía al guerrillero como un reformador social, como un hombre que hace suyas las ansias de liberación del pueblo. El Che veía al guerrillero como un hombre motivado por destruir un orden desmesuradamente injusto y, por lo tanto, con la intención de colocar algo nuevo en lugar de lo viejo. Esto es: el *Socialismo* y el *Hombre Nuevo* en lugar del capitalismo y el individualismo.

En Argentina la gesta cubana tuvo gran impacto y desató el optimismo en las bases juveniles de las incipientes organizaciones de izquierda que rápidamente mitificaron no sólo la figura del Che, sino también la de Fidel Castro, Camilo Torres y la de otros combatientes revolucionarios. Por supuesto que tampoco faltaron las especulaciones en torno a las condiciones locales para establecer un foco, ni las

¹⁰ Ernesto Che Guevara, *La guerra de guerrillas*, Editorial 21, Buenos Aires, 2003, p.13. El destacado es mío.

¹¹ Ernesto Che Guevara, “Qué es un guerrillero”, ob.cit., p.123.

polémicas en cuanto a las posibilidades de éxito de las guerrilla argentinas¹². De este modo al promediar la década del sesenta, en los núcleos intelectuales de izquierda, la lucha armada era considerada ya una vía legítima y casi ineludible para conseguir la transformación social. Sólo por citar un ejemplo, en 1964, en pleno gobierno de Arturo Illia y desde la revista *Liberación*, Ismael Viñas decía al respecto:

“parece casi increíble que a esta altura se deba discutir sobre la violencia entre quienes dicen ser revolucionarios. Los revolucionarios no hacemos un culto de la violencia, pero tampoco somos herbívoros. Sabemos que el régimen no será derrotado pacíficamente, que los privilegiados no se dejarán despojar cortés y amablemente de sus privilegios. No es eso sólo: la reacción usa permanentemente la violencia. Para mantener la explotación de los trabajadores. Para impedir la labor de esclarecimiento. Para impedir que el pueblo participe de los derechos de la propia democracia burguesa”.¹³

Pero el elemento más importante que el Che Guevara introduce y destaca en su texto es la moral intachable del guerrillero. La moral que guía un comportamiento ejemplar que lo acredite como un verdadero sacerdote de la reforma que pretende realizar. Desde esta perspectiva, la diferencia fundamental entre un mercenario y un guerrillero estaría dada por el ideal. Mientras el soldado profesional -el mercenario- lucha por dinero, el guerrillero lo hace por la justicia. Mientras un mercenario lucha por mantener un orden de explotación y miseria, el guerrillero lucha por la liberación de los oprimidos y el *hombre nuevo*, un hombre donde no quedarán vestigios de individualismo y egoísmo. Para el Che la diferencia entre un mercenario y un guerrillero era cualitativa. La supremacía espiritual del guerrillero permitiría imponerse a la superioridad numérica del enemigo. Para el Che era de esa profunda y legítima fuente de honestidad de donde emanaba la implacable voluntad revolucionaria que daba el coraje y la entrega absoluta que sellaría el triunfo final frente al enemigo.

En términos estrictamente militares la moral jugaba un papel determinante, pues el guerrillero no estaba loco, ni era un suicida. Al contrario, era perfectamente conciente

¹² Recordemos que ya a fines de 1959 en Tucumán se desarrolla una primera y efímera experiencia armada rural con Uturuncos, y en 1963 el denominado Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP) se lanza a una breve y desastrosa aventura guerrillera en Salta. Más tarde se fundarán las Fuerzas Armadas de Liberación (FAL-1967), las Fuerzas Armadas Peronistas (FAR-1969), el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP-1970) y Montoneros (1970).

¹³ Ismael Viñas, “Editorial”, *Liberación*, Año 3, N° 23, Buenos Aires, 1964, p. 4.

de su inferioridad numérica y armamentística. El guerrillero sabía de la inminente posibilidad de su muerte en el transcurso de una guerra desigual y prolongada. O peor aún, sabía del infinito sufrimiento de la tortura a la que sería sometido en caso de caer en manos del enemigo. Sin embargo, señala el autor, lo revolucionario y sorprendente de esta forma de combate radica en la energía sobre-excitada de la moral del combatiente, capaz, entre otras cosas, de *quebrar* la del enemigo. Desde la concepción y la experiencia de combate de Guevara, la moral es parte de la lucha. Incluso la moral sería cuantificable –como los fusiles o las bombas-, es decir, la moral podía ser usada como un recurso calculado por la conducción militar. Quizás por eso ya en 1964, Héctor Schmucler desde la revista *Pasado y Presente*, argumentaba que:

“la revolución se debe realizar aún cuando las fuerzas productivas bajo el capitalismo pudieran tener un desarrollo indefinido, puesto que lo revolucionario es, sobre todas las cosas, la voluntad revolucionaria”¹⁴.

Visto desde una perspectiva actual y conociendo los costos humanos que implicó la propuesta armada, podemos decir que es precisamente en el núcleo de la propuesta guevarista donde radicó el principal problema. Pues ¿de qué modo la voluntad militante, esa energía sobre-excitada iba a convertirse en un arma de guerra cuantificable?... Voy a intentar explicarme: Cuando una organización política cualquiera (y sus militantes) deciden abandonar el juego político para pasar al enfrentamiento armado, imprimir la doctrina militar no se convierte en un requerimiento litúrgico, no, se convierte más bien en una condición de eficacia y, fundamentalmente, de supervivencia. Es, sencillamente, un requerimiento ineludible y a la vez completamente alejado de la espontaneidad o la improvisación. En el combate cualquier forma de improvisación conduce a la muerte. Sin preparación militar, frialdad y exactitud se sucederán más tarde o más temprano los fallos que devendrán en la propia muerte. En este sentido, a mi juicio, la doctrina militar no tiene nada que ver con la explotación de la voluntad individual. Todo lo contrario, tiene que ver justamente con el adoctrinamiento de la voluntad individual. La doctrina militar está destinada a dar cohesión moral y táctica a los mandos. A convertir los desvíos individuales en movimientos coordinados. Asimismo, la doctrina militar, la

¹⁴ Héctor Schmucler, “Problemas del Tercer Mundo”, *Pasado y Presente*, Año 1, N° 4, Córdoba, 1964, p. 288.

doctrina de la guerra, no sólo esta dirigida a lograr la cohesión de criterios de acción frente al enemigo, sino, principalmente, a controlar los sentimientos y el miedo del combatiente en el campo de batalla. Desde la perspectiva de la guerra (no de la política) únicamente un *principio de autoridad* fuerte depositada en la figura del líder podría imponer la unidad moral, intelectual y afectiva que empuje al combatiente a avanzar frente al fuego enemigo.

Y vale la pena resaltar que el sustento último de la *autoridad* militar no es simbólico, es decir, no descansa en el ejemplo, en el respeto al ideal, la moral, la jerarquía o la valentía demostrada por el jefe. La autoridad militar descansa en el temor que imprime el castigo. Es necesario que el soldado (o guerrillero) tema tanto o más al castigo de sus oficiales que a los peligros a los cuales se expone en el campo de batalla. Imponer el respeto y el miedo a un grupo de hombres, intuyo, no debe ser tarea sencilla¹⁵. Requiere de tiempo, de paciencia, de preparación, de contundencia y de un rigor implacable en la aplicación práctica del método, que consiste, fundamentalmente, en el castigo e incluso la muerte.

Así pues, una cosa es pensar, decir o escribir que se está dispuesto a dar la vida o a aplicar la muerte por un ideal, y otra cosa es tener la valentía y la decisión para hacerlo. Ahora bien, ¿aplicar la muerte y el miedo no era repetir la lógica del oponente al que se enfrentaba?. ¿No era jugar a un juego en el que se tenía una desventaja incalculable?. ¿No era subestimar las capacidades y la ferocidad del enemigo?. ¿No era repetir la mecánica de sometimiento y las marcas del terror en los hombres?. A mi juicio, esa si era una reproducción y un problema ineludible.

Ahora bien, si trazamos un paralelismo en el imaginario de muchos lectores que consideraban a Cuba algo así como La Meca revolucionaria latinoamericana, podríamos decir que el Che era algo así como el Jesucristo revolucionario de aquella Meca. El Jesucristo de los pobres, de los necesitados y oprimidos. Sin entrar en valoraciones positivas o negativas en cuanto a su figura y sus ideas políticas, hay que decir que el Che fue visto por miles de jóvenes como el hombre que se había jugado generosamente la vida por la revolución latinoamericana. El hombre que con treinta y siete años de edad *gloriosamente* dio la bienvenida a la muerte en Bolivia. Su ejemplo aguerrido fue un mensaje destinado a consagrarse en la afectividad de los militantes. El peso de su

¹⁵ Recordemos que en 2005 Héctor Jouve, ex militante del EGP liderado por Jorge Masetti, desató una polémica conocida como “no matarás” -en la revista cordobesa La Intemperie- sobre la militarización de las organizaciones políticas argentinas y sus efectos letales filas adentro.

acción no tenía mediaciones: era *Revolución o Muerte*. Su ejemplo funcionó como un principio de autoridad, como un mensaje directo y sin confusiones, el del militante que enseña con su acción que está dispuesto a morir por sus ideales. El mensajero era el mensaje. El mensajero era un héroe mítico, romántico e implacable que mira hacia un horizonte de grandeza, justicia y libertad. Un horizonte que lo trasciende, un horizonte que está constituido por un proyecto colectivo al que se accede mediante el sacrificio individual.

El ejemplo de Guevara es el ejemplo del sufrimiento martiriológico y la crucifixión en virtud de un proyecto colectivo superior que, no sólo lo trascendería en su individualidad, sino que lo consagraría para siempre en la memoria de los hombres libres. Repito, sin juzgarlo, comprobamos que fue un ejemplo extremo para toda una generación. Un ejemplo cargado de un imperativo moral categórico y taxativo. Un ejemplo que fue un *mandato* de absoluta totalidad, de absoluta plenitud, de liberación o de muerte; y que finalmente fue muerte. Muerte prematura, desprolija, en la selva boliviana.

3. *¿Revolución en la Revolución?*, de Régis Debray: un motor pequeño capaz de poner en funcionamiento el gran motor que son las masas

El tercero de los libros que analizamos aquí y que tuvo gran influencia en la conceptualización de la violencia revolucionaria y la lucha armada en la Argentina de los *sesenta-setenta* fue *¿Revolución en la Revolución?*. Dicho texto fue escrito en 1962 por Régis Debray, un intelectual francés que desde Cuba y con el asesoramiento de Fidel Castro describió y teorizó acerca de la experiencia revolucionaria cubana. Las ideas más influyentes y originales redactadas por Debray pueden resumirse en dos tesis fundamentales: 1º) América Latina está madura para la revolución. Y 2º) la transformación revolucionaria se logrará mediante la organización de un foco guerrillero cuya experiencia debe ser llevada adelante en el ámbito rural.

En el primer caso, para Debray el sistema existente se sustentaba sólo por la acción de las Fuerzas Armadas al servicio de la oligarquía en el poder, apoyada por el imperialismo de los Estados Unidos. Por ello Debray confiaba en que:

“Los problemas consisten en cómo destruir éstas fuerzas armadas y al mismo tiempo preparar a las masas para que asuman su parte en la toma del poder, y en poner en marcha la construcción de la nueva sociedad socialista. Segundo:

Estos dos problemas pueden y deben resolverse como fueron resueltos en Cuba: mediante el establecimiento y el desarrollo ininterrumpido de un foco guerrillero”¹⁶.

Para Debray el proceso de militarización de las organizaciones políticas debía ser inmediato y tenía por ambición el cumplimiento simultáneo de tres objetivos políticos considerados decisivos en la consecución de la revolución:

- a) de la propia lucha emergen una dirección y una vanguardia política experimentada;
- b) las fuerzas armadas del Estado existente son empujadas a la batalla y vencidas;
- c) la lucha de guerrillas politiza a las masas.

Según la metáfora utilizada por Debray, las fuerzas guerrilleras serían un *motor pequeño* capaz de poner en funcionamiento el *gran motor* que son las masas. La acción del motor pequeño asienta las bases para el acto final del drama revolucionario ejecutado por el gran motor, que puede adoptar formas diversas, una huelga general o una insurrección urbana dirigida a tomar los resortes del poder desguarnecidos por la acción de la vanguardia. Para Debray, lo esencial no era crear condiciones a través del paciente trabajo político sino provocarlas en la superficie social mediante la acción de la guerrilla. Sólo la acción militar del foco guerrillero podía cumplir esta función, y esta función se cumpliría –a su juicio- de dos maneras: primero, atrayendo a la gente joven que ya posee la comprensión política necesaria, agrupándola en una vanguardia disciplinada. Y segundo, disipando el miedo, que era, a su juicio, la principal sino la única fuerza que mantenía inmóviles a las masas¹⁷.

Asimismo, Debray subrayó la importancia de que estas experiencias sean llevadas adelante en el ámbito rural, pues consideraba que:

¹⁶ Citado en Leo Huberman y Paul Sweezy, “Debray: su fuerza y su debilidad”, en *Debray y la revolución latinoamericana*, Editorial Nuestro Tiempo, México, 1970, p.10

¹⁷ Durante una entrevista León Rozitchner comentó al respecto: “No es que me pareciera mal que Debray articulara las ideas de la revolución cubana, sino que se lo leyera acá (en Argentina) sin tener en cuenta las singularidades propias del país. (...) Habría que haber tenido la precaución de detenerse en las particularidades de las condiciones de represión de nuestro país, de la historia, de la cultura general. Yo creo que de algún modo es lo que ocurrió con el Che Guevara, quien no merecía terminar tan desprolijamente en Bolivia”: León Rozitchner, entrevista del autor, 30-08-2005, Buenos Aires, Argentina.

“esas condiciones materiales llevan ineluctablemente al foco a proletarizarse moralmente y a proletarizar su ideología (...) es así como la guerra de guerrillas opera siempre una mutación profunda de los hombres y de sus ideologías”¹⁸.

La teorización de la lucha armada realizada por Fanon, Guevara y Debray combinó variables culturales, ideológicas, políticas y psicológicas, donde se suponía que el carácter espontáneo y por tanto popular de la lucha, desataría un proceso catártico liberador y crearía una unidad de hecho que forzaría a las partes a la resolución militar de sus conflictos. Dichas tesis se sostuvieron desde una perspectiva que plateó los conflictos en términos dicotómicos y binarios como el de *amigo/enemigo*, y contó con los efectos psicológicos del terror.

Por otra parte, hay que resaltar que la lucha armada era considerada la *praxis* misma del *ser/estar haciendo* la revolución. La más alta expresión de compromiso militante. Era la prueba de la entrega absoluta, concreta y material, y no de ejercicios intelectuales típicamente pequeños burgueses. La lucha armada era, por último, una garantía de no retorno que imposibilitaba la negociación política reformista. Una vez dentro no había vuelta atrás.

4. La reacción antiintelectual

El antiintelectualismo es una idea que podríamos sintetizar en la frase: *hablando no se cambia nada*, o en la pregunta *¿qué cambio yo o que logro yo teniendo la razón?*. Esta idea, este sentimiento, estuvo motivado principalmente por la sensación y el deseo de transformación inminente y el convencimiento de que participando, organizando la voluntad de cambio era posible una transformación profunda de la situación de subdesarrollo, dictadura y creciente violencia represiva instalada en el país. El antiintelectualismo se caracterizó por la búsqueda de una *praxis* que ofreciera resultados tangibles, efectivos e inmediatos. En el imaginario de muchos militantes el privilegio e incluso el culto que cobró la *acción* directa subordinó no sólo el valor de toda expresión del pensamiento político a la lógica militar, sino -en el caso de las organizaciones que

¹⁸ Regís Debray, “El castrismo: la gran marcha de América Latina”, *Pasado y Presente*, Año 3, Nº 7-8, Córdoba, 1965, p.150. No obstante lo expuesto en su libro, el propio Debray en 1970 dirá que *¿Revolución en la Revolución?* era simplemente un panfleto político con abreviaciones voluntariamente exageradas y cortes concientemente abruptos, un trabajo que era en sí mismo un extracto ideológico impuesto por su contenido práctico. Dirá: “Sólo tenía una ambición: contribuir a romper un bloqueo mental, a la vez teórico y práctico, que cerraba el desarrollo de la lucha revolucionaria armada, aclarando bien que sólo se trataba de los lugares en los cuales, en ese momento, se llevaba a efecto”. En Regis Debray, “Una respuesta”, L.Hubermann y P.Sweezy, ob.cit., p.112.

desarrollaron brazos armados- incluso el orden de necesidades y urgencias políticas prácticas quedaron subordinadas a los requerimientos militares.

El antiintelectualismo fue una reacción que dividió el campo intelectual en dos. Colocó por un lado a los intelectuales comprometidos o *críticos* y por otro a los revolucionarios u *orgánicos*. Es decir, señaló las diferencias entre quienes tenían como sustento de su militancia la crítica, la observación y las especulaciones ideológicas con independencia de la línea política establecida por su partido, y aquellos otros intelectuales que subordinaron su expresión a los lineamientos instrumentales requeridos por la dirigencia del partido al que pertenecían.

Frases como *La revolución lo único que necesita son revolucionarios* o *el deber de todo cristiano es ser revolucionario* y *el deber de todo revolucionario es hacer la revolución* grafican esquemáticamente cuál era el ánimo respecto al compromiso con la transformación social. Así, con la misma fuerza que desde mediados de los cincuenta comienza una poderosa politización de los ámbitos de la cultura y una culturización de las prácticas políticas, desde mediados de los sesenta se observa un recorrido en sentido contrario. Es decir, una fuerza que privilegió la acción por encima de las palabras. A partir de entonces creció la descalificación hacia las tareas intelectuales.

La urgencia, el deseo de eficacia y la búsqueda del pragmatismo expropiaron de toda legitimidad el actuar político en los ámbitos del pensamiento y el arte. El origen de clase se convirtió en motivo de sospecha y de descalificación. El intelectual de origen burgués debía dar pruebas fehacientes de su compromiso revolucionario, pues el intelectual de clase media, ese sujeto tradicionalmente preocupado por el desgarramiento y la angustia existencial, ese sujeto que siempre ocupó un espacio de privilegio, de quietud y contemplación quedaba ahora en una oposición de facto respecto al ideal militante. Un ideal que poco a poco se convirtió en la máxima expresión (y según el caso en la única expresión válida) de compromiso con la causa revolucionaria: el paso a la lucha armada.

Intelectual y revolucionario llegaron a convertirse en términos opuestos, por ese motivo el intelectual que decía creer en la transformación quedó virtualmente forzado a dar pruebas de su creencia, de su fidelidad y consecución con el ideal. Debía dar pruebas de que podía dejar de ser lo que era, que podía ser otra cosa. El par, el colega, el aliado debía dejar de ser lo que era para que juntos pudieran cambiar el mundo. Había que extirpar del otro eso de burgués que uno podía identificar en sí mismo.

La idea de *ser* revolucionario fue adquiriendo un sentido unívoco y lineal. *Ser* revolucionario era *hacer* la revolución y el único modo de hacer la revolución era a través de la acción. Esta es una idea que en Argentina se reforzó a partir de mediados de los sesenta, aunque atraviesa la totalidad del período. José Aricó lo expresó claramente en la revista *Pasado y Presente* al decir:

“La revolución dejó de ser en la cabeza de los pueblos un acto taumatúrgico, para convertirse en un doloroso proceso dialéctico de desarrollo histórico, donde la “sangre y el lodo” no están excluidos y la victoria cuesta a veces miles de víctimas, de sacrificios inauditos, de esfuerzos sin precedentes. Tal es el caso ayer de Cuba y hoy de la martirizada Argelia”¹⁹.

En efecto, la re-construcción y el paso desde el concepto de *intelectual* al de *intelectual revolucionario* llevó a un enfrentamiento entre figuras arquetípicas. Por un lado quedó el hombre que observa y por otro el hombre que hace. Es decir, por una parte esta quien observa y critica cómodamente desde un escritorio y, por otra, quien busca la eficacia, quien se compromete con la acción y cuya mirada es eminentemente pragmática y coherente. De este modo, la palabra y el acto quedaron enfrentados en sistemas antagónicos. La palabra dejó de considerarse una forma de acción política pues no demostraba efectos concretos, inmediatos y eficaces. La palabra no era traducible a términos materiales, no persistía más que en el imaginario.

No obstante, esta actitud no se aplicó sólo a los intelectuales sino a toda práctica simbólica enmarcada en el universo de la crítica o la denuncia. La palabra fue perdiendo densidad, profundidad, legitimidad y, sobre todo, efectividad en un medio que pareció – a los ojos de la dirigencia política- saturado de consenso respecto a la necesidad de una transformación. En su lugar, la que comenzó a imperar fue la lógica de aquel refrán popular que dice: “del dicho al hecho hay un trecho”.

Ante la urgencia con la que se planteaba la necesidad de un cambio revolucionario, ante la enorme cantidad de páginas que se llenaban analizando los elementos que conducirían a la transformación y, especialmente, ante el interrogante ¿cómo se hace la revolución? se impuso el peso de lo real, el peso de la empresa práctica. Y allí cobró su máxima dimensión el logro cubano. La respuesta al ¿qué

¹⁹ José María Aricó, “El Stalinismo y la responsabilidad de la Izquierda”, *Pasado y Presente*, Año 1, N° 2-3 (jul-dic.), Córdoba, 1963, p.196.

hacer?, era pues *hacer*, no decir o escribir la revolución. Y *hacerla* significaba tomar la iniciativa, y en este caso la iniciativa de las armas. Ser auténtico y coherente frente al ideal de transformación era tomar el ejemplo de quienes lo habían logrado. Y los cubanos lo habían logrado.

En esos años, nuevamente Horacio González consideraba al respecto que:

“Herederas de todas las tradiciones de lucha forjadas por el pueblo argentino, las nuevas generaciones deben asumir en el presente la responsabilidad de crear una auténtica vanguardia revolucionaria. Tal es la misión que le ha reservado la dialéctica del procesos histórico. (...) Toda teoría es sólo una aproximación a la complejidad de la vida, al movimiento real que exige de nosotros el máximo de compenetración y participación ininterrumpida. Por lo demás, así lo ilustran fehacientemente la revolución cubana y la reciente revolución argelina”²⁰.

El primer efecto de esta concepción fue en desmedro de la práctica política, pues limitó sus contenidos y sus alcances. Se pasó así, en los grupos más radicalizados, de la noción general de que todo era política a la idea de que la única política posible era hacer la revolución, y la única vía eficaz hacia la revolución era la lucha armada. Todo el resto era parte del campo reformista, todo el resto ocupaba un segundo plano. Desde esta perspectiva adherir a la revolución en una revista, en un cuento o en una solicitada no era suficiente para ser considerado un intelectual revolucionario. Para los impulsores de esta perspectiva había llegado la hora de abandonar la máquina de escribir y empuñar el fusil.

A partir de entonces la idea de vanguardia fue cooptada en forma *exclusiva* para referirse a la dirección político-militar. Es justo decir que esta clase de dictámenes fueron favorecidos por las crecientes condiciones represivas de los gobiernos militares, que empujaron a las formaciones políticas a la clandestinidad, a la compartimentación y la verticalidad de sus organigramas.

De este modo, *intelectual* y *revolucionario* comenzaron a vivir un proceso gradual de divorcio conceptual. La impugnación del valor político de prácticas culturales se fundamentó tras la idea de que el arte y la literatura eran ejercicios de consumo de elites burguesas, eruditas y exquisitas, alejadas del pueblo y de cualquier

²⁰ Horacio González, “El nacimiento de una nueva conciencia”, *Nueva Conciencia*, Año 1, N°1, Buenos Aires (junio-julio), 1964, p. 3.

efectividad política. Las palabras no podían equipararse con los actos porque las palabras no podían ser contrastadas con la realidad.²¹ Pensar o hablar demasiado era el síntoma que delataba al pequeño burgués, al hipócrita. El intelectual pasó de ser el sujeto a ser el objeto de las críticas. La idea de revolución quedó atrapada en la convicción voluntarista de que la realidad era moldeable por hombres con el carácter y la templanza de Fidel Castro o el Che Guevara, a quienes si se les reservó el concepto de intelectuales revolucionarios²².

5. Breve Comentario Final

A modo de cierre o conclusión podemos decir, de modo general, que la visión de los grupos intelectuales de izquierda de los sesenta-setenta condenaba el sistema capitalista de acumulación en su conjunto. Y si los libros analizados aquí influyeron de manera determinante en la conceptualización de la violencia revolucionaria, lo hicieron porque consideraban que el sistema estaba manchado de sangre en su origen, y que su reproducción era violenta. Ante un sistema violento en su totalidad sólo cabía responder con una violencia igualmente totalizadora. Esta convicción, en principio, tenía sustento histórico: ningún proyecto original en la historia de los hombres se libró de la violencia, y por ello la violencia habría de inscribirse en el origen de la *Revolución Socialista*. Una violencia revolucionaria *justa*, que no sería el fin sino el medio para liberar a los hombres de la explotación del sistema²³.

Sin embargo, en nuestra opinión -una opinión posicionada desde la crítica histórica-, la trampa para quienes en los sesenta-setenta se inclinaron por la opción armada, no fue creer en la *Revolución Socialista*. No. El error no estuvo en la voluntad, la vehemencia, la disconformidad o la crítica contra las opciones clásicas de

²¹ Javier Heraud, Haroldo Conti, Paco Urondo, Jorge Massetti, Rodolfo Walsh, son algunos casos de destacados intelectuales argentinos en los que la dicotomía entre acción y palabra se resolvió a favor del primer término, demostrando trágicamente que no se trataba de variables subordinadas o compatibles, sino mutuamente excluyentes.

²² En los sesenta-setenta se repetía una anécdota muy gráfica en este sentido, una anécdota que tuvo como protagonista al propio Che Guevara. Dice la anécdota que el Che -cuando todavía era joven e inexperto- se encontraba en la Sierra Maestra junto a un grupo de combatientes con el que patrullaba su zona de influencia. En ese entonces la función específica del Che era la atención sanitaria del grupo, pues él era médico. Una tarde el grupo fue emboscado en una cañada donde recibió el fuego cruzado del enemigo. La situación se presentaba crítica y con escasas opciones de escape. Confundido por la sorpresa y las quejas de los compañeros heridos el Che se vio obligado a abandonar parte del cargamento que transportaba. Se cuenta que llevaba dos mochilas, una con medicamentos y otra con el fusil y algunos explosivos. Finalmente, optó por quedarse con las armas. Por eso -dice la anécdota- que el Che antes que médico era guerrillero.

²³ Pero aclaremos algo: la frontera que separa al justiciero del déspota es verdaderamente delgada. ¿Cómo podría liberarse a los hombres oprimidos utilizando la metodología del tirano?. ¿Existe una violencia legítima?, ¿quién decide cuándo, cómo y en qué medida la violencia es justa?.

representación política. El fallo no estuvo en el impulso generacional de contestación y rebeldía, ni en el optimismo de la época. No. El ideal y el *espíritu revolucionario* se asentaron en un deseo de justicia, en oposición a la crueldad del sistema capitalista. Por cierto, un deseo que aún no ha perdido vigencia.

Sobre todo en la última etapa del período analizado, la trampa para quienes se inclinaron por la opción armada fue despreciar el juego democrático y creer en la acción militar como principal sustento del poder político. Es decir, la trampa mortal fue confiar en que potenciales éxitos militares se traducirían en réditos políticos, y que a través del (hipotético) triunfo militar se lograría también una apropiación compulsiva e inmediata de la representación política de las mayorías.

Aunque supere los objetivos específicos planteados por este trabajo, podemos decir que esta es –en buena parte– la respuesta a la pregunta: ¿Por qué aquellos jóvenes de clase media eminentemente urbana y de destino personal promisorio se inmolaron en la lucha guerrillera?. ¿Por qué los cuadros político-intelectuales más lúcido de la izquierda se convirtieron en conducción militar?. Lo hicieron porque creyeron que lograrían, a través de los éxitos militares, corregir las imposibilidades políticas y adjudicarse súbitamente la representación de la mayoría. Por ello, la apuesta apeló más a la identificación afectiva directa, simbólica y mítica, que a la construcción lenta e incierta de la representación política. De allí la exaltación moral del ejemplo, el culto al heroísmo y el sacrificio por la causa revolucionaria.

6. Bibliografía

ALTAMIRANO, Carlos (2001). *Peronismo y cultura de izquierda*. Buenos Aires: Temas.

BASCETTI, Roberto (2004). *Documentos 1970-1973*, Volumen 1. Buenos Aires: Editorial De la Campana.

CALVEIRO, Pilar (2005). *Política y/o Violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años 70*. Buenos Aires: Norma.

DEBRAY, Régis (1967). *¿Revolución en la Revolución?*. Cuaderno N° 1, Revista Casa de las Américas. La Habana.

FANON, Frantz (1961). *Los condenados de la Tierra*. París: Tlalaparta.

FEINMANN, José Pablo (1999). *La Sangre Derramada*. Buenos Aires: Ariel.

GUEVARA, Ernesto (2003). *La Guerra de Guerrillas*. Buenos Aires: Editorial 21.

- HILB, Claudia y LUTZKY, Daniel (1984). *La nueva izquierda argentina: 1960-1980*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- JAMESON, Fredric (1997). *Periodizar los 60'*. Córdoba: Alción Editora.
- LANUSSE, Lucas (2005). *Montoneros, el mito de sus 12 fundadores*. Buenos Aires: Vergara.
- MORELLO, Gustavo (2003). *Cristianismo y Revolución*. Córdoba: Thesys.
- OLLIER, María Matilde (2005). *Golpe o Revolución. La violencia legitimada, Argentina 1966-1973*. Buenos Aires: Eduntref.
- PONZA, Pablo (2007). *Los Intelectuales Críticos y la Transformación Social en Argentina (1955-1973)*. Servei d'Informació i Publicacions, Universidad de Barcelona. Barcelona.
- PONZA, Pablo (2008). "El Concilio Vaticano II y el ethos revolucionario en la Argentina de los sesenta-setenta". *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*. N° 8: L'École des Hautes Etudes en Sciences Sociales de París. Disponible en línea el 08 juin. URL: <http://nuevomundo.revues.org//index29443.html>
- PONZA, Pablo (2006). "Existencialismo y marxismo humanista en los Intelectuales argentinos de los sesenta". En Revista *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*. N° 6: L'École des Hautes Etudes en Sciences Sociales de París. Disponible en: <http://nuevomundo.revues.org/document2923.html>
- PONZA, Pablo (2006). "Intelectuales y Lucha Armada en Argentina. La década del sesenta". En *E-Latina, Revista de Estudios Latinoamericanos*. Vol .4. N° 15, abril-junio. Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de Buenos Aires. Disponible en línea: <http://www.catedras.fsoc.uba.ar/udishal>
- PONZA, Pablo (2008). "Comprometidos, orgánicos y expertos: Intelectuales, marxismo y ciencias sociales en Argentina (1955-1973)". En *A Contracorriente, Dossier Marxismo, historia y revolución en América Latina*. Vol. 5, N° 3: University of Oregon. Oregon.
- PONZA, Pablo (2007). "Los sesenta-setenta: intelectuales, revolución, libros e ideas". *Revista Escuela de Historia* (Salta). Año 6, Vol.1, N° 6. Ene./dic.. Disponible en: <http://www.unsa.edu.ar/histocat/revista/revista0607.htm>
- PONZA, Pablo (2007). "Cristianismo, Marxismo y Revolución en los sesenta-setenta. La Influencia del Concilio Vaticano II en Argentina y en los orígenes de Montoneros" (1° parte). En *La Memoria de Nuestro Pueblo*. Año 3, N° 35, mayo 2007 (la 2° y 3° parte del artículo en los números correlativos). Rosario.

PONZA, Pablo (2008). "Historia, periodismo y algunas expresiones de la nueva izquierda intelectual (1955-1973)". *Tram(p)as de la comunicación y la cultura*. N° 59. Facultad de Periodismo y Comunicación, Universidad Nacional de La Plata.

PONZA, Pablo (2006). "Intelectuales y Violencia en Argentina. La década del Sesenta". *Homogeneidad, diferencia y exclusión en América Latina*. Publicacions i Edicions Universitat de Barcelona. Barcelona.

ROZITCHNER, León (2000). *Perón entre la sangre y el tiempo*. Buenos Aires: Catálogos.

SARLO, Beatriz (2003). *La pasión y la Excepción*. Buenos Aires: Siglo XXI.

SIGAL, Silvia (2002). *Intelectuales y poder en la Argentina. La década del Sesenta*. Buenos Aires: Siglo XXI.

SEOANE, María (1995). *Todo o Nada*. Buenos Aires: Sudamericana.

TARCUS Horacio (1996). *El marxismo olvidado en la Argentina*. Buenos Aires: El Cielo por Asalto.

TERÁN, Oscar (1993). *Nuestros Años Sesenta*. Buenos Aires: El Cielo por Asalto.

7. Prensa periódica de la época (citada)

Aricó, José María: "El Stalinismo y la responsabilidad de la Izquierda", *Pasado y Presente*, Año 1, N° 2-3 (jul-dic.), Córdoba, 1963.

Debray, Régis: "El castrismo: la gran marcha de América Latina", *Pasado y Presente*, Año 3, N° 7-8, Córdoba, 1965.

González, Horacio: "El nacimiento de una nueva conciencia", *Nueva Conciencia*, Año 1, N°1, Buenos Aires (junio-julio), 1964.

González, Horacio: "Bibliográficas, Documentos del Tercer Mundo", *Nueva Conciencia*, Año 1, N°1, Buenos Aires (junio-julio), 1964.

Huberman, Leo y Sweezy, Paul: "Debray: su fuerza y su debilidad", en *Debray y la revolución latinoamericana*, Editorial Nuestro Tiempo, México, 1970.

Schmucler, Héctor: "Problemas del Tercer Mundo", *Pasado y Presente*, Año 1, N° 4, Córdoba, 1964.

Viñas, Ismael: "Editorial", *Liberación*, Año 3, N° 23, Buenos Aires, 1964.